

Tolerancia, creación y revisión de conceptos: condiciones para un filosofar de madurez

Déborah Jacoby (UBA)

*“No aceptes lo habitual como cosa natural.
Porque en tiempos de desorden,
de confusión organizada,
de humanidad deshumanizada,
nada debe parecer natural.
Nada debe parecer imposible de cambiar.”*

Bertolt Brecht

› ***I. Introducción (Tarea de la filosofía)***

Es indudable que al abordar temas de filosofía, ya sea en el marco de un curso o en compañía de posibles interlocutores, o también en la soledad del pensamiento, así como al enfrentarnos a los textos a estudiar, lo hacemos desde alguna perspectiva concreta o una comprensión determinada del objeto de estudio. Pese a la complejidad de la pregunta por una definición ordenada de qué es la filosofía, comenzaremos por marcar ciertas notas respecto de nuestra consideración de la tarea de filosofar.

En primer lugar, junto con Deleuze y Guattari, pensamos la filosofía como un trabajo con, y a partir de, conceptos pero sobre todo de creación de conceptos. ¿En qué consiste el carácter creativo del filósofo? Como sujetos pensantes, partimos de nuestro pensar desde y sobre nuestra existencia hacia diversos cuestionamientos que se presentan en nuestra experiencia. A lo largo de la misma, nos hacemos de un vocabulario y un bagaje conceptual que constituyen, a la vez que resignifican, nuestros horizontes de posibilidad. Pero estos conceptos no son ni están jamás cerrados en la historia individual, como tampoco lo están en la historia que aquí llamaremos social. Es en la capacidad de análisis y revisión de los conceptos y las categorías utilizadas donde encontramos el principio de la tarea de quien filosofa. “Crear conceptos siempre nuevos, tal es el objeto de la

filosofía. El concepto remite al filósofo como aquel que lo tiene en potencia, porque tiene que ser creado”, y unas líneas más adelante, “...pero hay que sustituir la confianza por la desconfianza, y de lo que más tiene que desconfiar el filósofo es de los conceptos mientras no los haya creado él mismo.” (P.11)

Ahora bien, esa mirada sobre los conceptos, sus implicancias y sus límites debe tener siempre presente este carácter “abierto” de los mismos. El lenguaje se redefine constantemente con su uso, y por esta razón podemos tomar al análisis de conceptos, por un lado, como un campo que enmarca los discursos y las acciones de los hombres y, por otro lado, como un trabajo que encausa nuestra tarea hacia la creación y revisión de aquello que se encuentra en permanente cambio.

Por otra parte, en torno al análisis de conceptos que, tal como dijimos, se dibujan y desdibujan en el entramado de lo social, es decir, en el cambio de lo que el neokantiano Ernst Cassirer denomina las formas simbólicas (a saber, totalidades de sentido propias de las estructuras significativas e inconmensurables que se forman en cada época y cultura), comprendemos la tarea de la filosofía como un quehacer fundamentalmente dialógico: aún desde la figura solitaria de un filósofo junto a las llamas de un fuego y su propio pensamiento, lo concebimos en diálogo con cierta tradición e historia vinculantes a los conceptos y metáforas a trabajar, heredados y por discutir o acaso admitir recreándolos.¹

Considerando ambas características señaladas del trabajo filosófico, podemos agregar que encontramos a la filosofía ligada a la necesidad de una mirada crítica y en ese sentido muy ligada o inescindible de la praxis: dado que en cada lenguaje está contenida una concepción del mundo, es posible plantearnos junto con Gramsci en su *Introducción a la filosofía de la praxis*, la siguiente pregunta:

¿Es preferible "pensar" sin tener conocimiento crítico, de manera disgregada y ocasional, es decir, "participar" de una concepción del mundo "impuesta" mecánicamente por el ambiente externo, o sea, por uno de los tantos grupos sociales en que uno se encuentra incluido automáticamente hasta su entrada en el mundo consciente (...), o es mejor elaborar la propia concepción del mundo de manera consciente y crítica, y, por lo mismo, en vinculación con semejante trabajo intelectual, escoger la propia esfera de actividad, participar activamente en la elaboración de la historia del mundo, ser el guía de sí mismo y no aceptar del exterior, pasiva y supinamente, la huella que se imprime sobre la propia personalidad? (P.7)

› **II. Posibilidad y dificultades de un filosofar de madurez**

¹ Según Cassirer, la única realidad existente, es la que el sujeto humano construye por experiencia. Esa experiencia parte de las distintas formas sensibles de *representación* de la realidad en el sujeto humano, tal y como aparece o se muestra directamente a sus cinco sentidos; pero no es ésta la realidad por la que el sujeto humano rige su comportamiento, sino por el producto de esta materia prima elaborada a instancias de la *interpretación o transformación subjetiva* que de esas formas de la sensibilidad hacen las “formas simbólicas”, a modo de instrumentos que el sujeto humano se fabrica “ad hoc”.

Pensaremos a continuación la experiencia del trabajo con conceptos en el marco de una clase de filosofía con estudiantes en un rango de edad mayor a los 50 años. Es necesario situar al docente bajo esta concepción de la filosofía en el lugar de alguien abierto o dispuesto a considerar y someter los propios juicios y conceptos a un profundo análisis crítico.

Notamos que en el caso específico de un taller con esta característica etaria por parte de los estudiantes, el trabajo a partir de conceptos es con frecuencia generador de conflictos entre los propios estudiantes (en situaciones, por ejemplo, de debate).

Además de ofrecernos una concepción de la filosofía según la cual comprendemos al filósofo como un trabajador-creador de conceptos, en su libro *¿Qué es la filosofía?*, Deleuze y Guattari nos ofrecen su comprensión de los llamados personajes conceptuales. La vida de estos personajes filosóficos o literarios representa, con la diversidad de notas y posturas o experiencia que sostiene la figura de cada uno de ellos, un concepto filosófico, un modo de ver o concebir, además, la praxis o la vida activa. Es decir, mediante la actividad del personaje se acerca a clarificar el concepto que el mismo representa: su acción y sus palabras dan consistencia a un determinado concepto. A su vez, este personaje siempre es reconstituido por la mirada de cada lector. Dista, además, de ser un simple personaje de diálogo o una figura estética, “Por el contrario, los personajes conceptuales ejecutan los movimientos que describen el plano de inmanencia del autor, e intervienen en la propia creación de sus conceptos.” (P.65, *¿Qué es la filosofía?*)

Así, son ejemplos de personajes conceptuales Sócrates como representante del platonismo, o el idiota de Nicolás de Cusa, representante del paradójico concepto de la docta ignorancia (personaje presente en la obra agustiniana e incluso en la literatura rusa). “Los personajes conceptuales tienen este papel, manifestar los territorios, desterritorializaciones y reterritorializaciones absolutas del pensamiento.” (P. 71)

Nos situamos ahora concretamente en la tarea de filosofar con adultos de edad avanzada, y vemos que se plantea el siguiente problema: cada uno de los estudiantes presenta una visión y concepción o tejido particular de la realidad y la función de la praxis determinada por su propia experiencia de vida. Es imposible dejar de lado en este caso las vivencias y concepciones que porta cada uno de ellos: qué hicieron, a qué se dedican. Esta particularidad hace que un curso o taller con estas características sea muy diferente a los de estudiantes de otras edades. La experiencia de los presentes durante las clases enriquece la tarea, a la vez que a veces la dificulta por las mismas razones. Por un lado, cada uno de los presentes tiene ya posturas tomadas, ideas, nuevamente mucha experiencia y una opinión formada sobre muchos de los temas a tratar o conceptos a (re)ver. No obstante si, por otro lado, concebimos a la filosofía desde la perspectiva dialógica, es decir, como una tarea con un aspecto fundamentalmente social, esas posturas ya tomadas pueden resultar un obstáculo. El problema que se presenta es el de la intolerancia ante la palabra del otro, en caso de no estar de acuerdo con el uso de algún concepto. Con frecuencia surgen durante la clase importantes desencuentros de opiniones que deben ser moderados para que los estudiantes no

anulen la voz de los demás. De este modo, encontramos que las dinámicas de clase de filosofía con adultos se ven condicionadas por los juicios e ideologías de quienes estén presentes. La pregunta consiste ahora en la posibilidad de hacer filosofía considerando que resulta necesaria una intervención mayor que en otros casos por parte del docente durante el debate y expresión de opiniones de los estudiantes. ¿Cuánto es lícito moderar el diálogo sin alterar el recorrido filosófico propio del grupo? ¿Cuánta intervención de la palabra marca el límite entre la posibilidad de la filosofía y la frustración de la misma por mera intolerancia?

Es a lo largo de la experiencia del curso que analizamos en una experiencia particular que intentamos dar respuesta a estas preguntas. El curso en cuestión tuvo una duración anual, con poca variación en el grupo de estudiantes. A modo de hipótesis, probamos durante el desarrollo de las clases diversas formas de hacer notar la necesidad de tolerancia y hospitalidad por parte de los estudiantes para con sus compañeros y el/la docente y así ampliarlas. Nos resultó esencial una revisión de los propósitos que según comprendemos tiene la tarea filosófica tal como los mencionamos hace instantes. El problema, básicamente, radicaba en los prejuicios y la falsa creencia de que los conceptos de cada uno debían ser expuestos ante los demás de una manera cerrada, lo que contribuía a la dificultad de escucharse entre los presentes.

› ***III. Un eje temático contemporáneo como posible respuesta***

Desde el comienzo del curso que analizamos en el presente trabajo, tomamos como eje de análisis para las clases un concepto de características propias del pensamiento contemporáneo: la cuestión de la naturalización y desnaturalización de algunos aspectos en las concepciones de diversas tradiciones o pensadores. Buscamos comprender el pensamiento de varios autores en relación a problemas en común, como el tema de la democracia, la justicia o la pregunta por los modos de acceso al conocimiento y los límites del pensamiento cuando veíamos que éste intentaba superarse a sí mismo. Observamos así las implicancias de “naturalizar” conceptos y creerlos cerrados y acabados y el peligro que ello sugiere. Lo pensamos como reflexión complementaria a modo de ejercicio dialógico y de desestructuralización a lo largo del recorrido de estudio por cada uno de los diversos autores, textos y conceptos o ideas estudiadas. Es este mismo concepto o la tarea propia de la filosofía como una revisión de conceptos aquello que nos permitió abandonar el dilema acerca de la posibilidad de la filosofía en este tipo de cursos. Si, parafraseando la cita de Bertolt Brecht con la que abrimos estas reflexiones, es necesario no tomar lo habitual como cosa natural, el objetivo y las trabas de nuestro curso se han ido resolviendo conjuntamente puesto que los estudiantes comprendieron, en su intento de elucidar el contenido propuesto por las clases y por la bibliografía estudiada, que resulta sumamente importante a la hora de entrar en el pensamiento, estar dispuestos no solo a construir ideas, sino a deconstruir aspectos de nuestro propio juicio para ser capaces de dar lugar a lo nuevo y así abrimos a y ante un otro que nos planta en un constante desafío. En segundo lugar, entonces, se fue clarificando la posibilidad de concebir una filosofía de

carácter social o dialógico que permita el ingreso de las ideas del otro ya no tan distante sino en interlocución, de manera tal que su experiencia y concepciones así como el choque de las mismas, lejos de resultar un obstáculo, nos resulten enriquecedores.

A modo de conclusión, agregaremos como pensamiento en torno a la figura de los personajes conceptuales de Deleuze y Guattari que, si bien cada uno de nosotros presenta posturas derivadas del aprendizaje o recorrido de nuestra experiencia, debemos admitir que ninguno de nosotros es un personaje de algún autor o filósofo (que debería presentar una determinada y fija consistencia), y nos damos a la tarea de creación de los conceptos heredados con el diálogo como herramienta para profundizar nuestra comprensión y, así, la posibilidad de cambio o mejora de la realidad circundante.

Para cerrar, una nueva cita de Deleuze-Guattari en *¿Qué es la filosofía?* (P. 84):

La filosofía no consiste en saber, y no es la verdad lo que inspira la filosofía, sino que son categorías como las de Interesante, Notable o Importante lo que determina el éxito o el fracaso. Ahora bien, no se puede saber antes de haber construido. No se dirá de muchos libros de filosofía que son falsos, pues eso no es decir nada, sino que carecen de importancia o de interés, precisamente porque no crean concepto alguno, ni aportan una imagen del pensamiento ni engendran un personaje que valga la pena.